

Muerte al pasto.

L y yo fuimos de visita a Dinamarca hace dos años. Su tío loco nos llevó por carretera hasta la isla de Møn. Se pronuncia de forma parecida a la palabra Moon (Luna) (Mun) o como un mugido de vaca muy sofisticado (Muh) al que agregas una ene al final. A medio camino se desvió para enseñarnos una iglesia que estaba a media hora de distancia de la ruta original. Todavía lo odio por eso, pero no es un asunto importante. Lo importante es que durante el primer día de nuestra estancia en la isla, L y yo decidimos rentar bicicletas, para tener oportunidad de recorrer el entorno libremente, sin necesidad de someternos al horario y ánimo caprichoso de nuestra comitiva (mi suegra, los abuelos y el tío loco de L.) Después de que nos dejaron en Stege, (la ciudad más grande de la isla, la ciudad más pequeña que he conocido) entramos al local de renta de bicicletas sólo para darnos cuenta que habíamos dejado nuestros pasaportes en el hotel. Mi suegra se había ido apenas cinco minutos antes. El camino de ida en auto, entre el hotel y el pueblo había sido de quince minutos, pero nosotros tardamos tres horas en regresar al hotel, a pie. Tuvimos miedo de tomar el bus local, tal vez porque no sabíamos hacerlo, y porque no ubicamos las paradas a tiempo. Recorriendo la isla, por la orilla de la carretera, los locales, desde su auto, nos miraban como alienígenas. Intenté pedir aventón un par de veces, sin éxito. Ahí, bajo el sol, sin más remedio que seguir el camino, nos conformamos con disfrutar del paisaje local; mi único consuelo era que, aún de forma involuntaria, terminaría por absorber cada detalle de este entorno ajeno. Lo que comenzó siendo un aliciente terminó por resultarme perturbador: No había una sola basura en todo el trayecto. No había mala hierba que se atreviera a cruzar el límite del camino. No había un solo metro de carretera en que la hierba no estuviera podada. Los cultivos eran simétricos. Las casitas al lado del camino tenían instaladas pequeñas mesas con antigüedades que estaban a la venta, junto a la carretera, y, a pesar de que no había un alma alrededor de la casa o en el camino, todos los objetos estaban limpios, en perfecto estado. Møn, en apariencia, un campo apacible de vida sencilla, me resultó tan artificial y aséptico como un campo de golf. El inmundado olor de las algas pútridas en Møns Klint, o la irrisoria “rebeldía” de la comunidad de Cristiania (que visitamos con la media hermana de L una semana después) no pudo quitarme la incómoda sensación que tuve al caminar por la carretera danesa.

Hace dos semanas, L y yo estuvimos de visita en Oaxaca, trabajando en una obra de teatro sobre una payasa que es ama de casa y pierde la cabeza entre su quehacer cotidiano (esa no es la trama real, y sonaría muy ofensivo a los involucrados en la obra que la resume así, pero me divierte hacerlo.) El último día en la ciudad, con un poco de tiempo libre para pasear, decidimos visitar las ruinas de Monte Albán. Estando ahí, el recuerdo de Møn regresó a mí por un momento. A media hora de camino del centro, Monte Albán fue el único lugar que vi en Oaxaca con pasto verde, fresco, recién cortado; una explanada prehispánica con pinta de campo de golf, o de fútbol americano. Me pregunté cuánto dinero del presupuesto anual destinado al mantenimiento de este sitio arqueológico se gasta en regar el pasto, podarlo, poner nuevos rollos de pasto cuanto el pasto viejo cede ante el inclemente calor seco de la región, poblada de guajes y cactáceas.